

El Corazón de Anthony

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Corazón de Anthony (por Daniel Bernardo Grimberg)

Hoy tengo la intención de confiarles algunos secretos bien guardados de ciertas prácticas médicas, y lo haré sin morosidad, revelando aquello que le pasó a un conocido, cuyas enseñanzas primero echaron en mí débiles raíces, y hoy en día son tan tupidas como el ramaje de un gran árbol. De él desarrollaré algunos aspectos biográficos, aunque es dudoso que con este escrito alcance temas cercanos a lo profético (a lo sumo demostraré la sincera paradoja de su acercamiento emocional al pueblo que Dios habría moldeado). No pretendo hacer una diáfana demostración de los valores del mundo moderno, pero me acucia escribir éste relato cuya brevedad, no resolverá a su contradicción ni aliviará (de ninguna manera) a la débil condición del hombre. No será una advertencia sobre el futuro, ni una labor de esclarecimiento, sólo me abocaré a la cuidadosa orfebrería de un relato que se conforma a través de cohesionados pasos. Examinaré en forma rápida algunas de lo que fueron las vicisitudes de Anthony, un hombre mayor y esencialmente activo, que aún guía con un brillante intelecto a su andar por el mundo. Mencionaré las cosas tal como como fueron, sin la intención de no provocar estupor o sorpresa en el desenlace.

La escritura es un ejercicio útil para conservar la memoria: la mera utilización de entintadas palabras ha evitado que lo que fueron ciudades muy pobladas y felices, se transformaran en desiertos inhóspitos. También hizo crecer la conciencia vívida del hombre, del que se sabe que siempre se topa con la muerte como su mayor verdugo y desconoce si esta tiene un sentido. Y se convirtió en la clave para interpretar cualquier suceso (aún unas pocas palabras grabadas en las tumbas, establecen un preciso rango), sumando en cada generación alguna cuestión a considerar, o por lo menos a acumulables puntos de vista cuya inspección es obligatoria. Por lo que me propongo, sin apelar a sofisticados interludios, escribir hasta que el curso natural de la somnolencia haga que mi cabeza se estrelle contra una almohada.

I

El hombre era el padre de un amigo mío, que para disimular el hecho que adornaré esta narración con su irritante personalidad, lo llamaré con otro nombre: Robert Cevoullél. Éste tenía buen corazón, pero su carácter era

excepcional o tal vez simplemente extraño. Se hacía pasar por un erudito, aunque cuando reunía suficiente honestidad intelectual admitía que no lo era. En Norteamérica había pasado por excelentes universidades, pero no tenía idoneidad ni sentido común, y cualquier desafío lo desgarraba en muchas fluctuaciones apasionadas, ya que fracasaba en ordenar al mundo exterior con el fin de que concuerde con el suyo, y bailaran la misma música. El poder de las palabras lo volvía radiactivo, y catalizaba a su furia con enredados argumentos filosóficos (entender si aquello representaba un grado de normalidad o un desvalimiento, era en sí mismo una proeza). Para mí fue una forzosa influencia que en vano intenté escapar; un amigo con sus casos concretos de apatías y fracasos, que se dejaba apabullar por cada tilde que aparecía con sus asombros.

A Robert y su padre Anthony, los veía asiduamente en los ámbitos que organizábamos a la vera de un señorial cementerio, en sucesivos cafés en donde la gente se juntaba para socializar, y ponía en marcha amables prácticas que condenaban a las parálisis. Ahí, en la calle, estaban los ingredientes básicos de la vida: el sol redondo de rayos rectilíneos, el viento que paseaba sin objeto, hermosas mujeres que eran rescatadas de las distancias, y miles de rumorosos sueños que no permanecían ocultos esperando nacer, sino que se incluían en las intercesiones de la memoria y lo imaginario. Hablábamos de metafísicas y asuntos heréticos, pero nunca bordeábamos temas políticos. Nos solapábamos con la multiplicidad de significados que tiene el mundo, en el infructuoso intento de abarcar a los trescientos sesenta grados con que gira lo visual. No existía nada envuelto en nieblas o que no fuera milagroso, y muchos de los acontecimientos pasados circulaban por nuestras bocas con el deseo de que no cayeran en el olvido.

Los dos provenían de una región que preexistió a Estados Unidos, y no se agota en su excelente cocina que tanto entusiasmó a mi paladar. Es un lugar simétrico y alejado de la manifiesta Buenos Aires, que, sin hacer graves esfuerzos mentales, se evoca a partir de un amplio río que corrobora la grandeza del hombre por su éxito en domeñarlo (es la común tradición entre los pueblos, asignarles a sus ríos el carácter de fuentes de la nacionalidad: en estos abrevaron escrupulosas leyendas que forjaron esperanzas). Me estoy refiriendo a la ciudad de Nueva Orleans y al río Misisipi que en algún momento fue frontera. Desde hacía mucho tiempo el hombre socavó cada una de sus secciones hasta convertirlo en un buey manso que sostiene a praderas tullidas.

Eran descendientes de colonos franceses que llegaron del Canadá, y si bien Robert tenía escasa familiaridad con el idioma de sus ancestros, su padre Anthony lo hablaba con fluidez: era el idioma de su niñez, distinto del francés original, pero muy compatible o con bien estructuradas conexiones. Como cualquier persona de un joven país americano, no había en ellos ínfimas contradicciones entre sus orígenes ancestrales y su nacionalidad; conservaban la certera conciencia del mitológico pasado, y

simultáneamente eran parte de un estado cuya unidad a todas sus partes trascendía. Eran miembros del Cajoun, que subsistía más allá de las fechas simbólicas, y los definía, al situarlos en un espacio histórico. Se individualizaban a través de la conservación de tradiciones muy remotas: cada subcultura tiene mitos, lenguajes y artes que reprochan a quien, apaciguado por las modas y sus monotonías, no se decide a cultivarlos.

El lejano aislamiento de sus antepasados hacía que Robert a menudo mantuviera una subyacente actitud inquisidora, o por lo menos eso me daba a entender con un dejo en su voz, que estaba cargado más que con sentimentalismos, con magia. Como creo haber dicho, mi amigo Robert era el estrafalario hijo de ese millonario americano que se expatrió por razones de salud, y se acondicionó a viajar por el mundo con la idea de experimentar la triunfal agitación de residir en multiplicados escenarios en los que cambiaba cielos, soles, y personas, para potenciar satisfactoriamente a su existencia. En compañía de su hijo, apreciaba la atemporal validez que da el viajar, y también escapaba de las vastas profundidades de la muerte, representada en la ausencia del movimiento: en el quietismo (no sólo coincidía con la inmovilidad, sino que la creaba como su condición sine qua non).

Anthony Cevoullé era muy curioso, quería saber las causas, los principios, y las peripecias históricas. Era un hombre de bastante más de setenta años que profesaba orgullos sólidos, había sido abogado, y tramitó una interesante fortuna con el tema de las cárceles (cuestión ante la cual cualquiera quedaría consternado, y se compelería a armar un cuidadoso estilo para definirla). Como es bien sabido, estas tienen una reglamentación estatal, se erigen en todas las ciudades del planeta, y nunca faltan los desventurados que son obligados a habitarlas. Por supuesto que son impopulares y no habría forma de llenarlas de no ser por la generación de una sensata y bien planificada violencia. Y diré lo que sigue sin pretender escribir un guion fantástico o irreal (aunque durante mis contactos con miembros de otras culturas, nunca cesaron de fascinarme sus peculiaridades a las que no puedo adjetivar de otra manera):

Anthony arrendaba un desolador edificio a la ciudad de Nueva Orleans, que era utilizado como prisión. Este fue construido a mediados de la década del cuarenta, y durante cada año con tranquilidad iba hasta las oficinas municipales con el objeto de renovar el certificado de habilitación. Esa carcomida estructura edilicia defendía a la sociedad de la constante efusión de criminales; ahí, quietitos, no se dedicaban a malintencionadas actividades para nada limpias, mientras que, sin saberlo, le procuraban a Anthony una ganancia inestimable. Para este, los negocios sobrepasaban a los afanes del espíritu y al saber. Las únicas premisas valiosas que lo movían, eran la del comercio, ya que en éste se encarnaba la potencia de la vida, y hacía que se adquiriese una conciencia despierta y vigilante. Había fumado constantemente mientras se complacía pensando en cómo

umentar su capital. Sus actividades empresariales habían tenido una temprana y exitosa difusión.

Por desgracia el tiempo arruinó con impunidad lo que alguna vez fue un buen negocio, y aparecieron empresas que, en cuestión de meses, levantaban y equipaban nuevos establecimientos penitenciarios, cuyas ventajas eran incomparablemente superiores a las que ofrecía el viejo y tétrico edificio de Anthony. Esos nuevos eslabones en la cadena de oferta y demanda, dejaron a nuestro hombre fuera del negocio, y le hicieron rumiar que desenmascarará a las desastrosas connivencias con la intención de arruinarle el juego a los neófitos. Ellos no habrían tenido un ideal, claros orígenes, ni principios éticos. De todas formas, se trataron de quejidos vanos: esos desparpajados buhoneros ya habían penetrado en su territorio y no pudo hacer más nada. La invariable conjunción de empresas constructoras y prisiones relucientes, bloquearon a sus honestas retóricas, que más bien fueron posteriores ejercicios de su derrotada omnipotencia. Por distracción, o por mera falta de entendimiento de esa industria sin humo que es la construcción de cárceles, perdió a nuevos y jugosos contratos de alquiler, y no le quedó otra opción que vender su propiedad por un precio que le hizo derramar más de una lágrima (al comprender que esta había perdido el valor que le asignaba, se sintió martirizado). En su corazón aquello nunca se justificó, y creyó ser la víctima de una ciega conjura que realizó el gobierno con algunos lobbies asociados.

Pero eso es harina de otro costal, pronto simplificó a sus pensamientos, y volvió a aceptar al permanente devenir con expectativas que no admitían escandalosas decepciones. Nuevos negocios pusieron fin a la desconformidad que se habían producido en su alma. Ese hombre que seguía siendo muy rico y un atinado abogado, tenía como filosofía de vida a la Competición y la Astucia, y con cada una de sus remanentes operaciones comerciales robusteció a las cuentas que poseía en bancos suizos. Durante su trayectoria profesional nadie logró estafarlo, ya que contrarrestaba sabiamente a las actitudes viciosas de los que concebían trampas poco originales; percibía de manera inequívoca a cualquier inesperada manipulación que querían hacer de la realidad.

Anthony guardaba una concepción mística del hacer dinero, al que consideraba el alfa y omega del existir, y asumía el trabajar duro como una visión profética o religiosa. Esto, hasta que sintió profundas discordias en su cuerpo, o a la intrínseca enemistad de éste con sus actividades muy demandantes. Lo atravesó un dolor que lo sacó del mundo lleno de buenos augurios, y lo centró en su ser sensible. Se vio como una persona de carne y hueso, subordinada a los argumentos, o más bien, a las inapelables sentencias dictadas por su anatomía. Al final era un hombre como cualquier otro, fraguado para hacer empeños relativos, y a sabiendas que cada gloriosa exaltación tenía límites. Había sido incansable su afán de poseer, y tasaba a su intelecto cómo su más poderosa

herramienta, pero un día tuvo que decir basta, y bajar de la órbita de acumular riquezas cuyas velocidades eran alarmantes. Decidió descansar, y permitir que sus percepciones fueran estimuladas por más reposadas vivencias.

II

Robert me contó que, siendo su familia de antigua extracción católica, su padre creía ser descendiente de judíos, de hecho, ese era uno de sus tópicos preferidos de conversación. Eso lo calificaba y nunca se extralimitó al señalarlo, ya que lo sentía con profundidad y alejado de cualquier ficción o hipótesis, como parte de una lógica imprescindible de su existir. Él sería descendiente de judíos que salieron con apesadumbrados pensamientos de Portugal. Con irrefutable pasión estableció que pertenecía a esa antigua nación espiritual, no por haberse convertido, sino por esa noción de sus orígenes. Y esa era la explicación, o el más grande fundamento, de su especial predisposición a crear riquezas. Tal vez ensalzaba a su personalidad al incluirse en una gran metáfora colectiva, haciendo valer una remota ascendencia... ya que en su árbol genealógico habría conexiones con el pueblo de Israel. Yo lo leí a la luz de su ardiente entusiasmo mientras se esforzaba en demostrarme que había mucha coherencia en sus afirmaciones. Con arrebatados detalles, Robert me habló de Francia, de los Acadianos, de Canadá, y de la depreciación que para los de su estirpe significó hacer el viaje a Luisiana: un éxodo lleno de desastres llevado a cabo por una generación que vagó por los océanos. Me dio múltiples e intensas razones del judaísmo de su padre que nunca entendí u olvidé. Anthony se veía incluido en el número de hombres dotados con un especial mandato espiritual a partir de sus verificables sufrimientos y ansias de superación. Poco a poco, tuve que asumir como una perspectiva sincera a ese origen, que nada tenía que ver con artificios de la imaginación. Tenía la creencia, de que el estímulo de sus indirectos ancestros junto a su capacidad de trabajo, lo habían creado una aptitud infatigable. Ese argumento dejó de ser puramente especulativo, y sirvió como prueba de la unguida inteligencia de Anthony y su notable vocación mercantil.

El carácter críptico de su genealogía había marcado su forma de ser: lo hizo diferente y con convicciones específicas. Siendo yo mismo judío, supuse que en todo hombre había un interés circunstancial en ser otro, con el objeto de observar a lo mismo desde otro ángulo. De hecho, aquello tenía su mérito: asociarse a otros mundos y mentalidades, era, de alguna forma, romper el retraimiento al que nos condena la soledad.

No sé si ya dije que con el paso del tiempo y poseyendo aquellas sobrenaturales virtudes, Anthony aumentó su patrimonio, pero se le fue debilitando el corazón. Y en el campo experimental que es la vida, no hay mucho tiempo para deleitarse por las antiguas victorias, y en cambio uno tiene que preocuparse en evitar los futuros fracasos. Además, es bien

sabido que el tiempo no hace bondadosos compromisos con los hombres, y esto se nota en los desajustes que se sobrevienen en su biología: la deserción de la salud se va configurando con la misma vitalidad con que los días se suceden. Y a Anthony le ocurrió algo, que me pareció el tema de una historia curiosamente alterada de "El mercader de Venecia" de William Shakespeare, de acuerdo a una versión moderna y tal vez más racional, donde la maldad vindicativa caería sobre el equivalente del pobre Shylock (recordemos que éste había exigido una libra de carne con el fin de darle una macabra identidad a una deuda pecuniaria). La relación mando-obediencia de esa ficción cambiaba de manos, pero la historia era la misma. Portentosamente y con distanciamientos de siglos, se combinaban lo real e imaginario en una forma trastocada.

III

Varios años atrás, cuando Anthony sintió áspera a su respiración y tuvo otros síntomas avasalladores, fue llevado a una clínica privada en los Estados Unidos en donde lo operaron con exitosamente. Y si bien escupió y lanzó algunos vocablos vulgares, pronto se sintió libre de los malos arranques que había hecho su corazón, o de la horrible inercia que significó perder al conocimiento. Cuando quedó impotente a causa de la anestesia, los facultativos analizaron sus signos, la naturaleza de su enfermedad de palpitaciones irregulares, y cortaron de un tajo lo que hubiera significado el arrollador avance de la muerte (tal vez no brindaron respuestas cristalinas, pero no es exagerado afirmar que lo quitaron de un área peligrosa). Esa fue una alegría incomunicable, de nuevo Anthony venció, y esa vez en una dimensión más fundamental que la económica. Volvió a caminar con su impecable elegancia, pasear por los entramados de su ciudad sintiendo que la célebre libertad aún no se le acababa.

Al final, un médico llamado R. Smith (en sus definidos rasgos faciales ostentaba una nariz curva y punzantes ojos negros), con una sonrisa de encomio le hizo una larguísima conmemoración, al explicarle que le pusieron tres stent (se expresó con algo de soberbia, pero su pasión estaba legitimada). Había hecho una notable selección del tratamiento con la aspiración de dinamizar sus funciones corporales. "El extraordinario y virtuoso arte de la ciencia, está a disposición de todos los hombres", dijo, y con la lengua emitió un ruidoso chasquido de certificación. Esta había reducido los miedos de la humanidad, se podía confiar en ella con los ojos cerrados, y los médicos eran héroes que alcanzaban los más altos reconocimientos ya que debido a sus denodadas labores, la vida ya no se restringía por la incesante red de enfermedades. La medicina era un insobornable fondo que veía al hombre con transparencia.

Repuesto, y resignado o complacido, Anthony pagó la exacerbada cuenta de esa clínica de los Estados Unidos, y se marchó a su hogar. Temiendo que brotara nuevamente su natural inclinación a trabajar en exceso, fue dando forma a la idea de viajar por diversos países con la intención de

contraponer su tenaz individualidad a la redondez de la tierra. Ese habría sido el primer ensayo de la muerte, que resulto satisfactoriamente rebatido, y su consecuencia no fue la fatalidad, sino la elección de otro estilo de vida. Pasado un corto tiempo Anthony procedió a cerrar su bufete, y viajó por el mundo gastando a sus astronómicos fondos bancarios. Rondó con sus extremas indagaciones por lugares disímiles, en los que apreció monumentales obras artísticas junto a los recorridos históricos hechos por los pueblos. Transitó al mundo con ímpetu, captando en su espíritu a sus simetrías y diferencias; comprobó que todos estamos emparentados, y que no tenía por qué existir bestiales odios dentro de las enredadas razones que hace gala la humanidad.

Cómo los negocios significaban muchas frustraciones y agobios, había cesado de hacerlos para cuidarse y mantener una introspección feliz. Ya era viejo, y a sus hábitos corrientes los haría circular por despreocupados senderos. Decidido a vivir a cuerpo de rey los muchos o pocos años que le quedaban, retomó las costumbres de viajero de los días de su juventud con el fin de adaptarse a otras naciones cuya gente tenía distintivas formas de pensar. Con Robert acompañándolo, articuló su presencia en un espectro de países que varió de Turquía a las islas Seychelles, y siguiendo a los que fueron privilegiados costos, llegó a la Argentina en un día fresco de finales de octubre, en donde nos narró sus gratas etapas anteriores como si fuera un libro abierto.

Aquí, padre e hijo alquilaron sus departamentos a diez cuadras de distancia, en el barrio de la Recoleta, y tuvieron una integración tan exitosa que no tardaron en identificarse con los argentinos. Sonreían amistosamente, y daban a lo que veían una positiva ponderación. Aprendieron un poco de español, y se maravillaron por la indiferente idiosincrasia de quienes habían sido golpeados muy severamente por continuas crisis económicas, pero conservaban sus risas y parloteos sin siquiera ponerse en estado de alerta (el argentino desde que aprende a hablar, sabe que vive en un país de cíclicos problemas, e instintivamente se reúne con los otros, porque lo único que tiene por seguro es su familia y la sociabilidad, y que no debe permitir que la realidad lo distraiga de ser feliz).

Durante propicias temporadas se dejaron llevar por los estímulos de la culta Buenos Aires: por su alegría que a veces peca de superficial. Desde esta ciudad, y con considerable estilo, organizaron viajes por las porciones más australes del mundo. Siguieron rutas costeras en las que Robert meditó detenidamente en la marcha de su existir, y también realizó largas y eruditas investigaciones. Los relatos que este me hizo, tuvieron íntimas semejanzas con los que había hecho Darwin en su travesía con el Beagle, cuando llevaba a cabo la pertinaz excentricidad de juntar fósiles. Me sugestionaba por las fantasías desplegadas por mi amigo, su pintoresca fascinación por las ciencias físicas y del espíritu, y que, además, haya adquirido una personal fijación con ese naturalista inglés que había

vijado por estas tierras, y del que se consideraba un discípulo. Sus historias que hasta entonces se habían enmarcado en fenómenos globales de la modernidad, fueron incorporando a las ramas paleontológicas del saber.

IV

Después de algunos dichosos años Anthony declaró haber estado toda la vida subyugado por la cultura de la península ibérica, y junto a Robert y Luisa (la novia cordobesa de su hijo) pusieron proa a España. Fue en una mañana en la que el cielo administró una cuantiosa luz, y en la que se hizo indispensable colmar las maletas con suvenires con el designio de agasajar a amigos de Andalucía. Ese traslado se desarrollaría con minuciosidad y ampliaría las certezas que Anthony tenía del mundo. Tomaría novedosas fotografías de éste, antes que, en una hora de distorsión y ofuscadas divagaciones, las imágenes se volvieran borrosas. Los tres depositaron muchas ilusiones en ese viaje, al que Luisa consideró "fantástico" ... pero sé que ella y Anthony nunca trabaron una auténtica amistad, sino que fomentaron crecientes discusiones influenciadas por sus ansiedades que a menudo se contraponían. Al tiempo, modelaron algunas formas intermedias a algo tan crudo como el odio, que tampoco lograron dejar atrás. No tengo datos muy precisos, pero a partir de ahí, Luisa no le habló más al hombre mayor. Se ignoraron mutuamente como si con esa dificultosa fórmula perfeccionarían al fin un vínculo.

También, y acá se encuentra la soberana razón de mi relato, en España, Anthony volvió a tener problemas con su corazón. Se cumplió ese aspecto tan enigmático del destino, que hace que el mal reapareciera en etapas que se suponían felices. Anthony no caminaba estable, y perdió la esencial capacidad de saber en qué sección del mundo se localizaba. Su cuerpo se había atorado y su mente lo despistaba con pensamientos que tendían a ser inconclusos. Se sentó en unas escalinatas, queriéndose encadenar a ese punto de una ciudad que le resultaba incomprensible. En seguida y con amorosa prepotencia Robert lo llevó al hospital, en donde avisó a los médicos que rápidamente surgieron con agujas y aparatos electrónicos. La muerte estuvo otra vez golpeando la puerta de Anthony, y algunos de sus signos, que antes se veían en los otros, empezó a tomar color en su cuerpo. La muerte ya no era aquel personaje que habitaba en textos, a los que con un pestañeo se puede dejar de lado, sino que se construía a sí misma en la cada vez más contraída realidad. Anthony fue tratado y su problema no se complejizó: a través de una diestra acción en el quirófano lo quitaron del peligro.

El hombre que creía tener una poderosa inteligencia, y al que, debido su ponderosa sensatez, nunca nadie había conseguido estafar, en Barcelona respondió con imperturbable acento a los médicos que lo inspeccionaron, qué en Estados Unidos le habían puesto tres stent.

"Usted se equivoca señor", le respondió uno de los médicos, "de acuerdo

a nuestros escaneos tiene uno solo". Fue así que nuestro amigo se informó que le habían cobrado dos stent de más en la primera operación, y aún recuerdo a su rendida sonrisa cuándo a la vuelta en Buenos Aires, Robert me lo contó con pesada perturbación en su voz y extrañeza en su semblante. Durante la intervención que le hicieron en los Estados Unidos, sufrieron la hedionda codicia del médico R. Smith, que aprovechó la indisposición del paciente para apropiarse de un dinero que no le correspondía. Pero salteando a ese episodio de engaño, y atisbando a las cosas desde un reinstaurado ánimo, el corazón de Anthony siguió latiendo en su sitio y nadie le quitó una libra de carne de su cuerpo.

El hombre estaba de nuevo en sus pies organizando y encarrilando viajes, sin que las tenebrosas fuerzas de la maldad lo falsificasen, como alguna vez pretendió hacer el viejo Shylock de Shakespeare. Anthony Cevoullé continuó brindando sus floridas conversaciones alrededor del Cementerio de la Recoleta, en las que enhebraba su origen judío con la forma alucinante con que hizo su fortuna.

Fin